

Begoña Oro Pradera

Escribe, a veces por encargo, a veces para sí. En uno y otro caso, lo hace con mimo, detenimiento documental y pasión de entomólogo. Sus textos más personales de seguro han de ser muy íntimos. Quizás, por eso los guarde para sí o, quizás, pueda ser que entre tantas prisas, requieran un poco más de tiempo para que florezcan

Todo es veneno

“Hoy vamos a preparar una poción que suele salir en el examen de Título Indispensable de Magia Ordinaria: el Filtro de Paz, una poción para calmar la ansiedad y aliviar el nerviosismo. Pero os lo advierto: si no medís bien los ingredientes, podéis provocar un profundo y a veces irreversible sueño a la persona que la beba.” (HPOF, p. 244).

Lo dijo el profesor Severus Snape. En la clase de Pociones. Y es que las mezclas son siempre un ejercicio de riesgo. Y ahora...

“Venid y poneos en corro. Y ved lo que sucede al sapo de Longbottom. Si ha conseguido fabricar una solución para encoger, el sapo se quedará como un renacuajo. Si lo ha hecho mal (de lo que no tengo ninguna duda), el sapo probablemente morirá envenenado” (HPPA, p. 111).

También lo dijo el profesor Snape, dos cursos antes. Pero mucho antes un “muggle” lo había advertido:

“Todo es veneno y nada hay sin veneno. Tan sólo la dosis decide que algo no sea veneno.” Lo dijo Theophrastus Philippus Aureolus Bombastus von Hohenheim, más conocido como Paracelso, hace quinientos años. En aquel entonces, poco podía imaginar este alquimista, médico y astrólogo que su busto adornaría los pasillos del colegio Hogwarts (HPOF, p. 295).

Sería difícil que Paracelso viera en las estrellas que acabaría sonriendo desde un cromó mágico, regalo promocional incluido en el envoltorio de una rana de chocolate, junto a otros ilustres “magos y brujas famosos” como Dumbledore, Morgana, Ramón Llull, el rey Salomón, Circe o Merlín en el primer libro de la serie de Harry Potter (pp. 90-91).

Esa misma mezcla tan sugerente y aparentemente despreocupada que se aprecia en los personajes de los cromos (inventados, reales, artúricos, bíblicos, homéricos...) aparece en los ingredientes que

componen los venenos en Harry Potter: el acónito convive con el veneno de basilisco o con el veneno de las doxys o hadas mordedoras. Pero, como verá el paciente lector, sorprende la cantidad de detalles reales que se ocultan bajo una apariencia fantástica. Y es que ya lo advertía el profesor Snape desde el primer curso:

“Vosotros estáis aquí para aprender la sutil ciencia y el arte exacto de hacer pociones. Aquí habrá muy poco de estúpidos movimientos de varita y muchos de vosotros dudaráis que esto sea magia. No espero que lleguéis a entender la belleza de un caldero hirviendo suavemente, con sus vapores relucientes, el delicado poder de los líquidos que se deslizan a través de las venas humanas, hechizando la mente, engañando los sentidos...” (HPPF, p. 116)

Diríase un discurso de bienvenida a un grupo de becarios en una industria farmacéutica. Y diríase bien, no en vano, en la antigua Grecia, al mago, al envenenador, se le denominaba “pharmakeus” y, en femenino (entonces había muchas mujeres en la profesión), “pharmakis”. Y el mismo término, “pharmakon”, servía para designar los remedios obtenidos de las plantas, los filtros de amor y los venenos.

Un veneno con raíces

Distinguir el origen de un veneno no es asunto menor, ni en la vida real ni en el hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas. Si el veneno ha sido inoculado por una mordedura o picadura de una criatura, deberemos acudir a la planta primera. Así se explica en el capítulo 22 de *Harry Potter y la Orden del Fénix*. Sin embargo, si el envenenamiento ha sido provocado por pociones y plantas, entonces hay que ir urgentemente a la tercera planta.

Acompañeme, por favor. Una... dos... tres.



Il. de Lázaro Ribera perteneciente al libro: *Maxos* (Madrid: El Viso - Ministerio de agricultura, pesca y alimentación, 1989)

A lo largo de los libros de Harry Potter aparecen numerosas menciones a plantas, casi todas ellas reales y con una gran tradición a sus espaldas. Sin embargo, sólo una de ellas, y no la que más veces aparece citada, ha adquirido, al menos a ojos de la prensa, la categoría de “veneno de Harry Potter”.

“Harry Potter poison killed Woolmer”, “Potter drug did kill Woolmer”... Con estos titulares amanecían algunos periódicos británicos en abril de 2007, poco después de que se descubriera el cadáver del entrenador de cricket Bob Woolmer. El veneno utilizado para su asesinato, “el veneno de Harry Potter” que anunciaban los periódicos, no era otro que el acónito.

Efectivamente, el acónito aparece citado por el profesor Snape como sinónimo de luparia en la primera entrega de Harry Potter. Pero las propiedades venenosas de esta planta se conocen desde antiguo. En concreto y con seguridad, desde Plinio el Antiguo, que la cita junto a otras plantas venenosas como la mandrágora. Con su veneno se impregnaban las flechas de los cazadores, de ahí su nombre (“acon” significa flecha) y otros como “veneno de lobo” o “matalobos”.

El astrólogo Nicholas Culpeper (1616-1654), cuya obra sobre herbología consultó J. K. Rowling durante el proceso de escritura de Harry Potter, advierte de la toxicidad del acónito pero también afirma que una infusión de sus raíces puede ser eficaz para lavar una herida producida por un animal venenoso. Y durante un tiempo se creyó que el acónito hacía renacer el pelo (¡no lo pruebe en casa! A Bob Woolmer no le creció...). Lo cierto es que, en la actualidad, se utiliza en homeopatía para tratar ataques de ansiedad y fiebre. Así, Jacques Boulet, en su *Diccionario de homeopatía* lo considera uno de “los ‘musts’ de la homeopatía: su acción es fiel y espectacular” (*sic*).

También en la literatura encontramos ejemplos de su acción ambivalente. Por un lado, en la novela *El tren de las 4:50*, de Agatha Christie, el asesino emplea unos discretos comprimidos de acónito para envenenar a su víctima ignorando que la perspicaz Miss Marple está tras su pista. Por otro lado, Gabriel García Márquez menciona el acónito en su *Cien años de soledad*. En este caso, Úrsula emplea un brebaje de acónito para curar el insomnio, pero no produce el efecto deseado sino que sólo sirve para crear un estado de “alucinada lucidez”.

Junto al acónito, se citan otras plantas con propiedades medicinales presentes en el tratado de herbología de Culpeper: la margarita, el jengibre, el dictamo, la co-

clearia, el levístico... Pero la planta que más presencia tiene en Harry Potter, junto a las imaginarias “Tentacula venenosa” y lazo del diablo, es la mandrágora. La profesora de Herbología, Pomona Sprout, tiene una pregunta al respecto.

“-Veamos, ¿quién me puede decir qué propiedades tiene la mandrágora?”

Tranquilo, querido lector. La infalible Hermione llega al rescate con la respuesta:

“-La mandrágora, o mandrágula, es un reconstituyente muy eficaz.

-Excelente, diez puntos para Gryffindor. La mandrágora es un ingrediente esencial en muchos antídotos. Pero, sin embargo, también es peligrosa. ¿Quién me puede decir por qué?”

Sí, Hermione:

“-El llanto de la mandrágora es fatal para quien lo oye”. (HPCS, p. 85)

Por este motivo, los alumnos de Hogwarts llevan siempre orejeras cuando traen con mandrágoras. Pero esta no es la única peculiaridad de estas plantas. Recordemos lo que sucedió cuando la profesora Sprout, con sus orejeras rosas, cogió firmemente una de las mandrágoras y tiró de ella con fuerza:

“En lugar de raíces, surgió de la tierra un niño recién nacido, pequeño, lleno de barro y extremadamente feo.”

¿Hombres plantados en un huerto? ¿Un homenaje británico a aquella memorable escena de *Amanece que no es poco*? No, en realidad J. K. Rowling está haciéndose eco de una creencia medieval. El parecido de la raíz de la mandrágora con una figura humana hizo que se le adjudicaran propiedades humanas y sobrehumanas. Existen numerosas representaciones antiguas de la mandrágora en las que la raíz aparece dibujada con forma de hombre o mujer. Así pues, no es de extrañar que la recogida de mandrágoras estuviera rodeada de un complicado ritual. Debía hacerse en la época del solsticio de verano, antes de la salida del sol y en el último cuarto de la luna. Además, era recomendable verter sobre ella sangre u orina, para mantenerla tranquila porque, efectivamente, la planta emitía unos gritos desgarradores cuando intentaban arrancarla y por eso, quienes se atrevían a hacerlo, debían taparse las orejas para evitar quedarse sordos o volverse locos. ...O al menos esto es lo que contaban los recolectores para, a continuación, pedir un precio desorbitado por las raíces de la mandrágora. Que J. K. Rowling añada a este conocimiento unas audaces orejeras (rosas, en el caso de la profesora Sprout) es una buena muestra del equilibrio entre documentación y originalidad



Acónito (*aconitum anthora*).
Ilustración de Michael Stringer
Imagen tomada de: *Culpeper's
Color Herbal*. Nicholas Culpeper.
Foulsham Company. Berkshire.
1983

que se esconde, más que se exhibe, en Harry Potter.

Durante siglos, la mandrágora fue empleada con fines mágicos y medicinales. Con sus raíces, se fabricaban muñecas que, en teoría, volvían invisible a su dueño. Pero también se utilizaban como calmante para las heridas o como antídoto para la mordedura de serpientes venenosas.

¡Serpientes! Es hora de bajar a la primera planta del hospital San Mungo. Tres... dos... uno...

Venenos bestiales

Si hay un animal particularmente venenoso en Harry Potter, ese es, sin lugar a dudas, la serpiente. Severus Snape lleva su nombre ("Snape" es serpiente en inglés) y muere por la mordedura de la serpiente de Voldemort. Una serpiente es el símbolo de Slytherin. Serpiente es la "mascota" de lord Voldemort, la letal Nagini, y su marca, la Marca Tenebrosa, es una calavera atravesada por una serpiente. Voldemort no oculta su debilidad por este animal: "En ocasiones habité el cuerpo de animales (por supuesto, las serpientes fueron mis preferidos)" (HPCF, p. 569), confiesa ante Harry. En *Harry Potter y la cámara secreta*, Harry está a punto de morir por la mordedura venenosa del basilisco, el animal mitológico considerado el rey de las serpientes. Y en *Harry Potter y las reliquias de la muerte*, cae herido por la mordedura de Nagini. Visto lo visto, parece claro que en Harry Potter, la serpiente como símbolo se aproxima más a la concepción cristiana, aquella que, desde el Génesis, identifica la serpiente con el mal. Pero también comparte rasgos con la concepción oriental, según la cual la serpiente representa la fuerza.

Por otro lado, Harry no es completamente ajeno a las serpientes (al Mal). Se comunica con ellas en lengua "pársel" y esta capacidad, más propia de los magos oscuros, es una de esas ambigüedades que le crean confusión. Pero el tema de la serpiente como símbolo en Harry Potter daría para una tesis, y antes de acabar hablando de lo apolíneo y lo dionisiaco, será mejor que nos centremos en el tema que nos ocupa: el veneno.

No todas las serpientes son venenosas (sólo 300 de las 2.700 especies existentes) y tampoco son iguales sus efectos. Las hay que ejercen una acción neurotóxica y alteran el sistema nervioso; las hay de acción citotóxica, que destruyen tejidos y sangre; y las hay que combinan ambas. Pero también los venenos de serpiente

son ambiguos y, como las plantas potencialmente tóxicas o los venenos de otros animales, pueden ser curativos.

De hecho, los venenos de serpiente son la sustancia de base de medicamentos empleados tanto para estimular como para inhibir la coagulación de la sangre. J. K. Rowling no ignora esta cualidad y nos muestra un ejemplo de esta virtud o pecado (todo depende de la dosis, como decía Paracelso). Así, el señor Weasley, tras ser mordido por una serpiente, no deja de sangrar. Como él mismo explica, "por lo visto, en los colmillos de esa serpiente había un veneno muy raro que mantiene abiertas las heridas" (HPOF, p. 505).

Actualmente, en el mundo real, se está investigando sobre el veneno de uno de los escorpiones más peligrosos del mundo, el "Leirus quinquestriatus", que contiene clorotoxina, una sustancia capaz de reducir la invasión de las células cancerosas. Quizá esta noticia nos haga ver con más optimismo e indulgencia al hijo de Draco Malfoy, que aparece al final de *Harry Potter y las reliquias de la muerte* y cuyo nombre es... Scorpius.

El valor de los venenos en la industria farmacéutica... o en el tráfico clandestino de las oscuras tabernas de Hogsmeade, no pasa desapercibido para el profesor Slughorn, el profesor de Pociones en sexto curso. De hecho, Slughorn corre a buscar el veneno de la acromántula, un animal fantástico creado por J. K. Rowling similar a una araña gigante, nada más conocer su muerte.

"El veneno de acromántula es valiosísimo... Si la bestia ha muerto hace poco quizá aún se conserve [...] Podría sacar cien galeones por medio litro..." (HPMP, p. 447), dice emocionado el profesor.

"Si la bestia ha muerto hace poco..." Este cuidado por el detalle se pierde, sin embargo, en el último libro de Harry Potter, en el que Hermione destruye un Horrocrux con el colmillo del basilisco, que lleva cinco años muerto. Dado que las secreciones venenosas de las serpientes sólo pueden producirse en vida, resulta impensable que el colmillo aún contuviera el letal veneno necesario para matar el Horrocrux (1). Es una lástima que J. K. Rowling no aprovechara el libro *Animales fantásticos y dónde encontrarlos*, escrito bajo el pseudónimo de Newt Scamander, para extender la fecha de caducidad del veneno de basilisco. Pero en ese libro sólo se dice al respecto: "El basilisco tiene colmillos excepcionalmente venenosos". Bastaría con haber añadido: "Su veneno conserva su poder letal aún después de muerto". ¿Es trampa? No creo que J. K.

Rowling pueda tirar la primera piedra. Claro que habría que definir qué es trampa. ¿Es trampa copiar? ¿O es mérito? ¿Es copia o influencia? Personalmente, me inclino por la intertextualidad más que por el plagio.

Pero para tratar este tema, debemos subir de nuevo. No, por las escaleras no. ¿No sabía, envenenado lector, que debe evitar el ejercicio físico, a menos que quiera que el veneno se extienda por todo su cuerpo? Cojamos el ascensor. Una... dos... tres... cuatro. Cuarta planta: daños provocados por hechizos.

Filtros, pociones y poisons

“Para tu información, asfódelo y ajenjo producen una poción para dormir tan poderosa que es conocida como Filtro de Muertos en Vida” (HPPF, p. 118).

Muy interesante. Pasaremos esta información a fray Lorenzo. A ver qué hace con ella:

“Julieta [...], cuando te hayas acostado, bébete el licor destilado de este frasco. Al punto recorrerá todas tus venas un humor frío y soñoliento; el pulso no podrá detenerlo y cesará; ni aliento ni calor darán fe de que vives; las rosas de tus labios y mejillas serán pálida ceniza; tus párpados caerán cual si la muerte cerrase el día de la vida; tus miembros, privados de todo movimiento estarán más fríos y yertos que la muerte. Y así quedarás cuarenta y dos horas como efigie pasajera de la muerte, para despertar como de un grato sueño”, cuando llegue Romeo. Sólo que Romeo llegó un poquito antes, pensó que su amada Julieta había muerto y se suicidó. He aquí el Filtro de Muertos en Vida en el *Romeo y Julieta* de William Shakespeare.

Pero, antes de abandonar el drama, disfrutemos de la presencia de otra vieja conocida en la obra de Shakespeare. Habla Julieta:

“Tiembla en mis venas un frío terror que casi me hiela la vida. Ven, frasco. ¿Y si no surte efecto la mezcla? [...] ¿Y si fuera un veneno que el fraile preparó con perfidia para darme muerte? [...] O si vivo, ¿no puede ocurrir que la horrenda imagen que me inspiran muerte y noche, junto con el espanto del lugar...? [...] ¡Ay de mí! ¿No puede ocurrir que, despertando temprano, entre olores repugnantes y gritos como de mandrágora arrancada de cuajo, que enloquece a quien lo oye?”

He ahí nuestras conocidas mandrágoras, mencionadas por Julieta cuando se

encuentra filtro en mano. O poción en mano... O veneno en mano.

En inglés, “potion” (poción) y “poison” (veneno) proceden de una raíz común, y lo que nosotros conocemos como “filtro de amor” aparece en Harry Potter como “love potion”. Esta variedad terminológica presente en lengua castellana hunde sus raíces en la censura de la Antigüedad. En el segundo libro de *La República*, Platón menciona una ley que no sólo prohíbe el uso de venenos sino también la enseñanza de su aplicación. De ahí que los poetas y dramaturgos de la época se cuiden muy mucho de mencionar el “veneno” en sus obras, lo que podría ser interpretado como una infracción de la ley, y hablen en su lugar de “filtros” y “brebajes funestos”. En la actualidad, en castellano, la Real Academia de la Lengua restringe el uso del término “filtro” para las bebidas o composiciones “con que se pretende conciliar el amor de una persona”.

Y por ellos precisamente, por los filtros de amor, estamos en la cuarta planta del hospital San Mungo de Enfermedades y Heridas Mágicas. No ponga esa cara, escéptico lector. ¿No le parece para tanto? Escuche las sabias palabras del profesor Slughorn al respecto de la Amortentia:

“La Amortentia no crea amor. Es imposible crear o imitar el amor. Sólo produce un intenso encaprichamiento, una obsesión. Probablemente sea la poción más peligrosa y poderosa de todas las que hay en esta sala. Sí, ya lo creo. [...] Cuando hayáis vivido tanto como yo, no subestimaréis el poder del amor obsesivo... Bien, y ahora ha llegado el momento de ponerse a trabajar” (HPMP, p. 183).

Los filtros de amor aparecen mencionados de pasada en el tercer y cuarto libro de Harry Potter (2), pero –dieciséis años, hormonas obligan– inundan las páginas del sexto libro. Fred y George Weasley venden “el mejor surtido de filtros de amor que pueden encontrarse en el mercado” en su tienda y una legión de admiradoras está deseando emplear uno de esos filtros con Harry Potter, aunque al final, es Ron quien lo toma por equivocación. La existencia de lord Voldemort, ni más ni menos, se debe a un filtro de amor, el que empleó su madre para seducir a su padre, Tom Ryddle (HPMP, p. 208). Ya lo advertía el profesor Slughorn: no subestiméis el poder del amor obsesivo.

La gran creadora de filtros amorosos de la Historia de la Literatura, aquella que tenía “seis oficios, conviene a saber: labradora, perfumera, maestras de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta y un poquito hechicera”, la Celestina de la *Tragicomedia de Calisto y Melibea* de Fer-

nando de Rojas, da nombre en este quinto libro a una exitosa cantante: Celestina Warbeck. Y se convierte así, en una presencia española más digna en la obra de Harry Potter que aquellos empleados del aeropuerto español en huelga que aparecen en el quinto libro y que, en palabras del tío Vernon, deberían ser condenados a dormir la “siesta” (léase con acento inglés) el resto de su vida (HPOF, p. 11). Recordemos parte de la letra del *hit* de Celestina Warbeck, *Un caldero de amor caliente e intenso*: “Acércate a mi caldero / lleno de amor caliente e intenso; / remuévelo con derroche / ¡y no pasarás frío esta noche!” ¡Caramba! A su lado una corista cantando aquello de “¿Dónde estará la pulga?” es más inocente que doña Inés. Así que, antes de quemarnos, pasemos a otro jugoso tema.

Formas de inoculación: del mordisco al macetazo

Podríamos distinguir dos grandes formas de envenenarse: sabiéndolo o ignorándolo.

Cuando Harry o el señor Weasley reciben el mordisco de una serpiente, saben que han sido envenenados. Cuando Ron ingiere el hidromiel envenenado que iba destinado a Dumbledore, no lo sabe (HPMP, p. 372).

J. K. Rowling juega bien esta baza y siembra de misterio cada galletita. Un té, una patilla de chocolate (3) o una poción para volver inofensivo a un hombre lobo pueden contener en realidad un veneno mortal. La sombra de la sospecha planea sobre cada sorbo, cada bocado. Llevado por esta paranoia y a falta de “praegustadores” como los que había en las antiguas cortes de Siria, Egipto o Roma, que prueban por anticipado la comida y la bebida, “Ojoloco” Moody lleva su propia petaca y se niega a beber si no es en ella. Aunque al final, este truco no hace sino ponérselo más fácil a sus adversarios que introducen poción multijugos en ella y se aseguran de que la beba.

Otra forma más elaborada de envenenamiento es la impregnación de objetos. Esta es la que aparece en *Harry Potter y las reliquias de la muerte*. La espada de Gryffindor está impregnada con veneno de basilisco y por eso destruye los Horrocruxes.

El método más sorprendente de envenenamiento en Harry Potter es sin duda el macetazo. Nada de sofisticados anillos que ocultan el veneno, como aquellos encon-

trados en las excavaciones de Pompeya: nada de guantes impregnados en veneno como los de Catalina de Médicis; no. En la batalla de Hogwarts, la profesora Sprout encabeza un curioso ejército venenosamente armado, “seguida de Neville y media docena de alumnos más, todos provistos de orejeras y transportando enormes plantas en macetas.

—¡Son mandrágoras! —le gritó Neville a Harry por encima del hombro, sin detenerse—. ¡Vamos a lanzarlas al otro lado de los muros!” (HPRM, p. 522). Más tarde, los alumnos aparecen lanzando vainas de snargaluff y “blandiendo” enormes “Tentacula venenosa”.

¡Ay! Noto cierto tono azulado en su rostro, intoxicado lector. Será mejor que vayamos directamente al grano, o al bezoar.

Cálculos, cabras y cocineros

“Espero que os esforcéis mucho más en la redacción de esta semana sobre las diferentes variedades de antidotos para veneno” (HPOF, p. 325), alertaba el profesor Snape a sus alumnos. Y es que hasta en el mundo mágico de Harry Potter no existe un único remedio para el veneno. Igual que nuestro organismo reconoce ciertos fármacos, que son como una llave que se ajusta a una cerradura; de forma similar, ante un veneno determinado necesitamos una llave que lo desactive o que impida su actuación. No todas las llaves ajustan en la cerradura y las distintas cerraduras necesitan modelos diferentes de llave.

Así, por ejemplo, en *Harry Potter y la cámara secreta*, ante el veneno del basilisco sólo hay un antidoto eficaz, igualmente fantástico: las lágrimas de fénix.

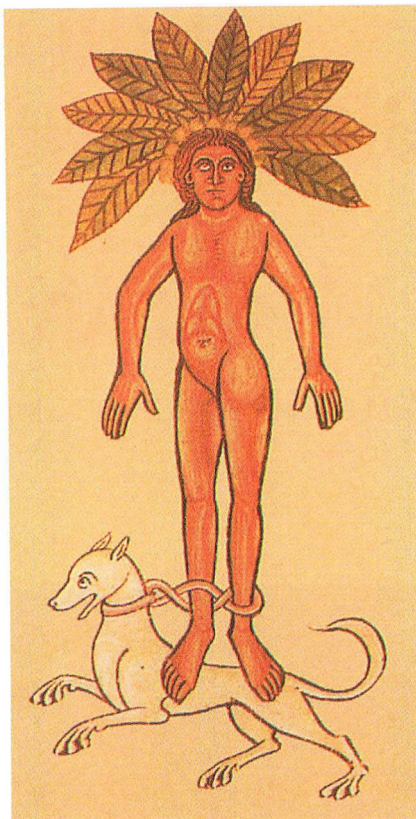
El antidoto que salva a Ron del envenenamiento, el primero que enseña Snape a sus alumnos, el que salva a Harry de la humillación en la clase de Pociones de sexto curso, es el bezoar. El profesor Snape explica su significado de forma clara, concisa y acorde con la realidad: “un bezoar es una piedra sacada del estómago de una cabra y sirve para salvarte de la mayor parte de los venenos”. El bezoar se compone de fosfato de calcio, pelo y, eventualmente, óxido de hierro u otros componentes. Durante siglos, se empleó el bezoar como antidoto, y muy en especial el bezoar de cabra salvaje de las montañas de Persia, no en vano el libro que lee Harry en quinto curso se titula *Antidotos asiáticos*. Culpeper también lo cita

en su tratado de herbología y señala sus propiedades como antídoto contra el veneno. Sin embargo, como ya señalaba el profesor Snape, ni siquiera este bezoar sería eficaz en todo tipo de envenenamientos, aunque durante muchos años, se creyera así. Fue un pobre cocinero quien comprobó finalmente que no era cierto. La historia sucedió en la corte de Carlos IX de Francia. El rey presumía ante su cirujano, Ambroise Paré (1509-1590), de poseer una piedra bezoar. (Los reyes españoles las poseían a decenas, como se comprobó en los restos del naufragio del barco Nuestra Señora de Atocha, hundido en 1622). Pero Paré menospreció la posesión del rey, diciendo que era imposible que el bezoar curara todo tipo de veneno. Indignado, el rey mandó buscar a un cocinero que había sido condenado por robo. Paré lo envenenó y a continuación, le hizo ingerir la piedra bezoar. Hora más tarde, el cocinero moría y el rey... lamentaba que le hubieran vendido un bezoar falso. ¡Con un bezoar auténtico el cocinero se habría salvado! (Para quien comulgue con la opinión del rey, puede adquirir un auténtico bezoar en www.bezoarmustikapearls.com y aprovecharse de la oferta actual: ¡un talismán mágico valorado en 70 dólares de regalo por cada pedido!).

Investigaciones recientes han demostrado que el bezoar sí puede ser eficaz como antídoto para venenos derivados del arsénico, ya que los arsenitos se unen a átomos de azufre que existen en el pelo degradado (¿recuerda el lector ese olorcillo a azufre del pelo quemado?). Ante esta unión de arsenitos y átomos de azufre, la acción venenosa del arsénico se inmoviliza y se detiene. En este caso, el del arsénico, o el del cianuro, el bezoar sí sería un eficaz antídoto. Pero no lo sería, por ejemplo, ante un envenenamiento con acónito.

Llegados a este punto, sin dictamo, ni fénix, ni bezoares a mano, le propongo, azulado lector, un tratamiento eficaz: 91 562 04 20. El teléfono del Instituto Nacional de Toxicología.

Le dejo en buenas manos. Si quiere, y se atreve, puede subir a la quinta planta, donde está el salón de té para visitas y la tienda de regalos. Tengo entendido que preparan un zumo de diente de león delicioso. Y si no se atreve, vaya a su casa y dé un trago de "Felix Felicis", la poción que hará que corone con éxito todos sus empeños. ¿Que no tiene tal poción? No se preocupe. Recuerde que Ron Weasley tampoco la tomó pero bastó con que creyera haberla tomado para que todo le saliera de perlas (HPMP, p. 283). Ya sabe, el efecto placebo. Hágame caso. Extienda el brazo... rodee el aire con la mano (es un



Una mandrágora, según un herbario inglés del siglo XIII. Imagen tomada de: *Herborismo*. Frank J. Lipp. Ed. Taschen, 2002

tazón grande lo que le ofrezco)... lléveselo a los labios... glu glu glu. ¿Lo ve cómo funciona? ¿Ve como ya está sonriendo? De las gracias a J. K. Rowling. ◀▶

Notas

- (1) "Nuestro problema es que muy pocas sustancias tan destructivas como el veneno de basilisco [...]. Esa es una dificultad que tendremos que resolver, porque no basta con partir, aplastar ni machacar un Horrocrux, sino que debe quedar tan destrozado que no pueda repararse ni mediante magia." (HPRM, p. 96) El veneno de basilisco acaba con el diario de Tom Ryddle (lord Voldemort) en *Harry Potter y la cámara secreta*.
- (2) "Bajaron a desayunar y encontraron al señor Weasley, que leía la primera página de *El Profeta* con el entrecejo fruncido, y a la señora Weasley, que hablaba a Ginny y a Hermione de un filtro amoroso que había hecho de joven. Las tres se reían con risa floja." (HPPA, p. 63). Por otro lado, en *Harry Potter y el cáliz de fuego*, la insidiosa periodista Rita Skeeter recoge estas declaraciones de Pansy Parkinson sobre Hermione: "Es fea con ganas, pero es perfectamente capaz de preparar un filtro amoroso, porque es una sabelotodo." A continuación, Rita aclara: "Como es natural, los filtros amorosos están prohibidos en Hogwarts, y no cabe duda de que Albus Dumbledore estará interesado en investigar estas sospechas."
- (3) "No he envenenado el chocolate, ¿sabes?", se siente en la necesidad de aclarar el profesor Lupin ante un Harry suspicaz (HPPA, p. 76).